XXIV PREGÓN

de la Salida Procesional de la Hermandad de Zamarrilla

Año 2018

“Era ya cerca de la hora sexta” Pasa la mitad del día. “Cuando la oscuridad cayó sobre toda la tierra” Las nubes eclipsan el sol de una radiante Málaga. “El velo del Santuario se rasgó por medio” Una figura suspendida en la cruz, imponente, rasga los corazones de una ciudad sobrecogida. “Y Jesús, dando un fuerte grito, dijo – Padre, en tus manos pongo mi espíritu” *(Cfr. Lc 23, 44-46)* Gritando, con fuerza, anuncia que se ha obrado el milagro: “Indefenso se entregó a la muerte (…) llevando, él, el pecado de muchos” *(Cfr. Is 52, 12)*

+ **Ilustrísimo Señor Vicario General de la Diócesis** Reverendo Don Antonio Coronado Morón;

+ Ilustrísimo Señor Reverendo Don Antonio Aguilera Cabello, **Deán de la Santa Iglesia Catedral Basílica de la Encarnación**;

+ Reverendo Padre Don Manuel Ángel Santiago Gutiérrez, **Delegado Episcopal de Hermandades y Cofradías**;

+ Reverendo Padre Don Salvador Gil Canto**, Párroco de esta Parroquia de Santa María de la Amargura** y **Director Espiritual de la Hermandad**;

+ Reverendo Padre Don **Francisco García Martín;**

+ Reverendo Don **José Manuel Bacallado Cabrera**;

+ **Sr. Hermano Mayor y, compañeros, miembros de la Junta de Gobierno** de la Real y Excelentísima Hermandad de Nuestro Padre Jesús del Santo Suplicio, Santísimo Cristo de los Milagros y María Santísima de la Amargura Coronada;

+ Señor **Presidente de la Agrupación de Cofradías de Semana Santa de Málaga**;

+ **Hermanos**;

+ **Hermanos Mayores y representantes** de otras Hermandades y Cofradías;

+ Señoras y señores.

+ …

Antes de comenzar en esta tarde, para mí absolutamente mágica, hay dos palabras que quiero hacer mías: perdón y gracias.

Lo primero, pedir disculpas.

Disculpas, porque quien acaba de tomar la palabra, seguro, es el menos digno de ocupar este espacio frente a ustedes.

Disculpas, porque, y así lo espero, serán muchos más los años que pueda seguir unido a mi Hermandad, viviendo, empapándome de momentos, palabras, personas, sensaciones,… que bien hubiera merecido la pena plasmar en este, mi, pregón.

Disculpas porque, desde que mi elección se hizo pública, han sido innumerables las muestras de cariño, del bueno, del sincero, que he recibido; y espero no defraudar esas expectativas.

Como he dicho en muchas ocasiones, desde entonces, espero devolver, en forma de pregón, todo el cariño que he recibido, dentro y fuera de la Hermandad.

Y, en segundo lugar, agradecer.

Agradecer, de corazón, pues no alcanzaría a hacerlo con palabras, el inmenso honor con el que me distingue mi querida Hermandad: a Rafa, por acordarse de mí; a la Junta de Gobierno, compañeros, por refrendarlo de manera unánime y demostrarme un afecto y cariño que me abruman.

A toda mi familia.

A mi padre por abrir la estela cofrade que toda mi vida quise seguir. A mi madre por animarme, siempre, a que lo hiciera. A mi hermano, por su trabajo, a veces poco reconocido, silencioso y constante, en pro de una Semana Santa cada vez más grande.

A quienes me hicieron ser cuanto soy hoy: a los Padres Agustinos, profesores, compañeros; a alguien cuyo docto consejo he echado en falta al componer las líneas que ahora les narro, maestro Fadón.

A quienes han hecho posible este acto.

Especialmente, a la Banda de Música de nuestra Hermandad, buque insignia de lo que es Zamarrilla.

A todos los que me precedieron en la Hermandad. En cuyas manos se depositó el mantenimiento de nuestra Zamarrilla, para legarla a las generaciones futuras; y, especialmente, a aquellos que hoy no nos pueden acompañar, físicamente, pero a los que me siento íntimamente unido.

A todos los que sienten, en lo más profundo de su ser, Zamarrilla: a ellos, dedicado con afecto, mi pregón.

En unos días, en plena semana de pasión, se cumplirán cuatro meses de aquella fecha. Esta, como no podía ser de otra manera, zamarrillera. Fue un 25 de Octubre. Catorce veinticincos de Octubre después de aquel. Nuestra Málaga –no como entonces-, aún, nos regalaba uno de esos días dignos de enmarcar y que, de ninguna de las maneras, un forastero situaría dentro del otoñal mes de Octubre.

"Tengo que pedirte algo y, espero que, no me digas que no" Estas son las palabras con las que nuestro Hermano Mayor suele pedirme, y yo gustosamente aceptar, toda clase de empresas y encargos. Uno más, pensé en aquel momento.

Me equivocaba.

Esta encomienda, a la que por supuesto no podía –ni, quería- negarme, supondría para mí todo un reto. El reto de servir, al más alto nivel, a mi Hermandad.

Suponía prestar mi voz, mi entonces entrecortada e insegura voz afirmativa, a mi Hermandad.

Suponía dejar confundir mis palabras con el sonido de los clarines y timbales de otra época; con magistrales notas musicales del presente; con el sordo ruido, evocador, de un tambor; con una envolvente nube de incienso; con el

chisporrotear de la cera ardiente y el pábilo vacilante; con el terciopelo y el damasco.

Suponía hacerme, lo que es parte indisociable de mí, Zamarrilla.

Suponía, también, como iba diciendo, asumir un reto. El reto que me trae esta tarde/noche ante ustedes. Suponía convertirme en el XXIV Pregonero de la Salida Procesional de mi, de nuestra, Hermandad. Ser la voz que anuncie, en esta tarde/noche, que ya son escasos los días, algunas horas más –pero también pocas-, las que restan para esa tarde/noche; nuestra tarde/noche; aquella en la que Málaga asiste, con el aliento contenido, al obrar de un milagro; en la que la ciudad se deja embriagar por el aroma de una flor, de una rosa: la rosa del Jueves Santo.

Y, cargado de emoción y consciente de mi responsabilidad y mis limitaciones, a ello vengo.

Hay una calle. Una calle que une tanto como divide. Una calle que toma su nombre de unos viejos pivotes de mármol, colocados frente a una encalada y recoleta Ermita, que frenaban el tránsito de carretas procedentes de la vecina Antequera.

Una calle que fue *Camino de los ingleses*; refugio de malhechores arrepentidos.

Parece ser, ya saben lo peligroso que es, hoy día, eso de atribuir la autoría de citas célebres, que fue Agatha Christie la que afirmó que *"La vida es una calle de sentido único"* Esto no es aplicable, en absoluto, a un zamarrillero: calle Mármoles es una vida. Y calle Mármoles (o de los Mármoles) se recorre, en uno y otro sentido, mil y una veces.

En ella está el origen. También el final. El Alfa y la Omega: Cristo, despojado y humillado; Cristo, entregado por nosotros para el perdón de los pecados. Y su Madre, su bendita e inmaculada Madre, llena de dolor y amargura.

En ella está la vida: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" *(Cfr. Jn 14, 5)*.

Pero, antes de esto, no había nada.

Tan sólo el caminar torpe de un niño al que, aún, le pesan sus zapatos. El avanzar indeciso de quien recorre por primera vez un sendero. El paso vacilante, cansado, de quien camina durante horas.
Quizás, ¿el paso sufriente del nazareno que carga con su cruz?

"Mira, papá, ya queda poco. Ya se ve la Ermita"

Lo recuerdo como si fuese ayer: ese día, ese Jueves Santo, fue el primero que recorrí, de vuelta, la calle, la calle de nuestras vidas, anunciando la cruz que nos lleva a la luz.

Fue la primera vez que comprobé que nuestra calle, la que al caer la tarde del día Jueves –no cualquiera, sino uno Santo- se inunda de capirotes rojos y morados, era más que eso; que sería toda una vida. Una vida que podía transitarse en mil direcciones: la que conduce al puente que desemboca en la Tribuna más pobre, pero también en la que más se cotiza un espacio; la que acaba en una Ermita, la más humilde y recoleta, pero también el templo más

grandioso levantado, gracias al fervor de un pueblo peregrino; la que se infiltra en la vida, señera y añeja, de dos barrios.

Ese día supuso un antes y un después. Fue el día en que, poco a poco, comenzó a caminar –por medio de su bullicio diario- un joven, un creyente, un cofrade de Zamarrilla.

Y esas, esas tres visiones, son las que les quiero ofrecer, a continuación, en esta tarde. Quiero anunciar la salida, la salida procesional, de Zamarrilla: de una Zamarrilla joven, que mantiene, también, su sabor añejo; de una Zamarrilla creyente, nazarena, peregrina; de una Zamarrilla cofrade, de una Zamarrilla señera.

De una Zamarrilla que aúna todo eso; de una Zamarrilla Hermandad.

Zamarrilla, visión de un joven

En efecto, así fue. Lo primero que comenzó a transitar por esta calle, por esta vida de hermandad, fue un niño.

Dentro de, exactamente, siete días se cumplirán 25 años, un cuarto de siglo, de que llegué a este mundo; y, de que comencé a transitar por este vida, que compartimos.

Y no exagero lo más mínimo en esta afirmación.

Por aquel entonces, Marzo de 1993, un inexperto padre, primerizo, quiso –imagino que por asegurar mi pervivencia en este mundo-, inmediatamente, inscribirme en el Registro Civil; regularizando así mi, recién adquirida, situación legal.

Pero, en aquella España en la que aún no se disparaba al pie de todo lo que iba precedido de la palabra "San", el día 19 de Marzo, San José –esposo de la Santísima Virgen- era fiesta nacional.

Si a esto sumamos un requisito legal para una válida inscripción registral, tenemos un auténtico paseo en balde hasta la sede del Registro Civil.

Había que remediar esta situación. Si no se puede inscribir al niño en el Registro, lo hacemos hermano de Zamarrilla. Que no nos olvidemos, lo primero, es lo primero.

Y, así, ahí, en un comercio dedicado al cuidado de la visión y a la venta de gafas, sito en calle Mármoles –como no podía ser de otro modo- comenzó esta andadura.

Son años de pesados zapatos *Gorila* negros, con velcro. Asesinos elásticos de faraona que amenazaban con amputarte, de un corte limpio, con quirúrgica precisión, las dos orejas. De campanitas que, por mucho que las accionases, sonaban lo que sonaban (poco). De "bastones" en el sentido más amplio del término, hechos con barras y remates de cortina.

Años de acudir, a 40º C a la sombra, ataviado de corto –sombrero cordobés incluido-, a la caseta "El Bandido" en el café/teatro de calle Afligidos, santo y seña de nuestra Feria del Centro, a cantar el "Romance de Zamarrilla" –espero, Marifé, no me lo tengas en cuenta-.

En resumen, años de estirar el cuello. Años de mirar hacia arriba. Años de querer ser, de querer llegar donde otros estaban, siguiendo el ejemplo dejado por su estela.

Años caminando, de arriba para abajo, por nuestra calle Mármoles. Siempre, con una dirección, con un rumbo, claros. Siempre en busca, al encuentro, de un Padre, de un Hijo y de su Bendita Madre.

El tiempo, de manera inexorable, pasa. No sé, creo que no, si cualquier tiempo pasado nos puede parecer mejor; como mínimo, nos parecerá distinto.

Y distinta, diferente, fue la manera en la que comenzaba a vivir mi Hermandad.

Quizás, estiraba menos el cuello. Quizás, las distancias entre mí y las personas que antes veía lejanas, que quería alcanzar, se recortaron.

Los elásticos dejaron paso a otro elemento de tortura: el capirote de cartón. Este también parece, seguir, queriendo amputarte las orejas, si bien, de arriba hacia abajo –al más puro estilo guillotina-. Sumado a esto, el dolor de cabeza que puede despertar si no está bien ajustado; o su efecto vela, en las noches más ventosas.

Las barras de cortina, recuperaron su uso original. De ellas, ahora, colgaban las telas de estas. Pasé a portar estilizados bastones, rematados con un elegante escudo de nuestra Hermandad; mazas, no tan fieras como las pintan –ahora bien, todos sabemos que no se pueden apoyar en el suelo, siempre, en la punta del zapato; pobre mocasín-. Cirios, primero, más altos que uno

mismo; luego útiles bastones. Nunca al cuadril, vaya apoyados en la cintura, que el terciopelo se deteriora.

El tiempo pasa. Y dentro de una enorme juventud, aún ejerciente, todo comienza a verse de una manera diferente. Tus pensamientos comienzan a conectarse con tu boca. Y esta, hasta es capaz de producir tus propias palabras. Pero, es más, están salen del interior de la misma; y a veces, hasta llegar a ser escuchadas. Todo comienza a cambiar.

Antes, toda la preocupación era divisar a tu madre, sonriente, en el filo de la acera. Ofreciendo toda suerte de golosinas, chocolates, agua e incluso, y por qué no, bocadillos.
O esperar el toque en la cabeza de tu padre, o eso decía el irreconocible, y enorme, nazareno que se acerba por detrás.

Poco a poco comencé a tener otras ocupaciones, y preocupaciones, en ese comienzo de tarde, noche y madrugada, mágica, para todo el que viste el terciopelo con la rosa y el puñal grabados en el pecho.
Ahora no busco en las aceras. Ahora los toques en la cabeza, por el tamaño, los tendría que dar yo. Ahora me preocupa que no suenen las campanas; que mi reloj marque ciertas horas; que la cabeza avance a eso que yo llamo, y parece que sólo yo entiendo “ritmo de procesión”. Que trono y cuerpo de

nazarenos sean uno. Que ambas secciones sean una. Que Zamarrilla sea grande en la calle. Que Zamarrilla llene Málaga, sus calles, incluso aquellas por la que ni siquiera pasa.

¿Y cómo he llegado hasta aquí? En qué momento el niño, cabezón, dobló –o triplicó, o…, mejor dejarlo estar- su tamaño. Cambió la campana, por la barra de cortina; y esta por un bastón. Y sumó a su hábito nazareno una capa. No recuerdo hechos concretos. Ni grandes hitos. Ni campañas. Ni persecuciones. Fue de manera natural. Poco a poco.

Miré, mucho, cómo se hacían las cosas. Probé. Vi que funcionaban, o no. Que eran susceptibles de mejora. Lo propuse. Lo debatí. Se aceptó. Se me consideró, o no; no pasa nada. Y así fui adquiriendo experiencia. Formé mi propio criterio. Siempre a la luz, siguiendo la senda, de quienes me precedieron. Imitando su ejemplo. Respetuoso.
Pero también consciente de mi valía. De mi vida en la Hermandad. De todo lo que en ella aprendí; del cariño y entrega que por ella desarrollé.

Esta es la forma en la que un joven cofrade, como yo, cree en la integración de la juventud en las Hermandades. De manera natural. De la mano de quienes estuvieron antes, una mano tendida, una mano protectora; que conduce hasta el hueco que ellos mismos han sabido dejar.

Sin estridencias. Sin choques. Sin imposiciones. Siempre sumando, nunca restando. Haciendo siempre más Hermandad. Esta es la juventud que necesitan las cofradías. Que, por suerte, en muchos casos, tienen las cofradías.

Y este es un valor con el que cuenta Zamarrilla. Un valor que defiende y cuida Zamarrilla.
Y un valor que, este joven pregonero, no podía pasar por alto.

He venido a anunciar, sí. He venido a pregonar, también. Y eso hago: mucha de la Zamarrilla que se pondrá, el próximo Jueves Santo, el hábito nazareno, que se confundirá bajo los varales, que saldrá a las calles de nuestra Málaga, es juventud cofrade; es juventud zamarrillera.
¡Es una Zamarrilla joven!

(Hosanna in excelsis 3:07-4:16 final)

Zamarrilla, visión de un creyente

Una parte importante de nuestra Hermandad, una incipiente juventud que mira con ojos confiados al pasado, a la veteranía, a la experiencia, ya se ha puesto en la calle.

Y comienza a enfilar la calle que vertebra nuestras vidas. Pisa, con paso firme, confiado, el comienzo de un largo camino.

Pero hay algo que no entiende de edades. De años de experiencia, cargos o responsabilidades.

Quienes forman, o formaron, parte de nuestro desfile procesional, en algún momento del mismo, vuelven, o fijan, sus ojos en otros ojos algo hinchados; entreabiertos. Unos ojos oscuros. De pupilas desdibujadas. Una nebulosa que encierra la mirada más dulce, más transparente. La mirada más misericordiosa.

Y, entonces, en su interior, escuchan una voz. Potente, segura. Es una voz que no se corresponde con el estado físico de quien está próximo de abandonarse a la muerte.

Es una llamada; una llamada clara: "Venid conmigo, y haré de vosotros pescadores de hombres" *(Cfr. Mc 1, 17)*

Más arriba les hablaba de la vida. No de una vida cualquiera. De nuestra vida de hermandad. Una vida con un centro neurálgico. Que podemos recorrer de arriba hacia abajo. De un extremo al otro. Estar aquí o allá. Pero que siempre, al final de esta calle que es nuestra vida, llegamos al mismo punto. A ese punto. Que nos detiene y nos saca, de golpe, de nuestra realidad mortal.

Llegamos a una iglesia. A una muy pequeña, sí. Pero iglesia. Allí está Él. Clavado en el madero. Maniatado, expoliado. Sacramentado. Cuerpo y Sangre de Jesús, entregado y derramada por nosotros.

No tan pronto como otras cosas, pero, en mi deambular cofrade, también lo descubrí.

A veces, muchas, te asaltan las dudas. Como poco, te asaltan las preguntas: ¿Qué hago yo aquí? ¿Por qué estoy haciendo lo que hago? ¿Por quién? ¿Merece la pena?

El momento llegó. Había que dar respuestas. Es un momento crucial. No puedes errar en tu contestación. Entonces, su cabeza caída sobre su pecho; sus ojos apagados y prácticamente cerrados; sus labios que apenas dejan escapar un aliento de vida, quizás el último, se levanta. Sus ojos se abren por entero, dejando ver una mirada penetrante. Su respiración se agita, llenado de aire sus pulmones dentro de un herido costado. Y como el momento en que se entregó al padre, con fuerza, con rotundidad, con una voz

contundente, dice: - “Déjalo todo. Olvídate de lo que te ata y te constriñe. Quiero que seas pescador de hombres”.

(Pescador de hombres 0:00-1:04)

Aquí está la respuesta. Aquí está mi respuesta. Y la respuesta que debe dar cada uno de los hermanos, de mis hermanos.

Estoy aquí para seguirte. Estoy aquí por Ti, Señor. Lo que hago, lo hago porque Tú me miraste a los ojos, dijiste mi nombre. Me llamaste. Me pediste que dejara mi barca, una barca cargada de miserias humanas: egos, personalismos, envidias, maledicencias. Sé por qué lo hiciste. Una barca repleta de todo ello, antes o después, naufraga. Y Tú, Tú que viniste a salvar al mundo, entregándote, no quieres esto para nosotros. Quieres que, junto a ti, busque otros mares. Mares de caridad, de esperanza, de fe. Mares de prudencia, justicia, de fortaleza o de templanza.

Y, ¿merece la pena? “Todo aquel que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna” *(Cfr. Mt 19, 29)*

Al final lo comprendí. Al final entendí que mi sitio aquí no es una decisión propia. Ni una herencia familiar. Ni una cuestión cultural. En mi peregrinar descubrí que estamos aquí por Ti y para Ti. Que esa, y no otra, por mucho que nos atraiga, es nuestra misión como cofrades. Como cofrades de Zamarrilla. Como zamarrilleros.

Y respondí. Te lo dije, Señor, un Jueves Santo. El día que instituiste la Eucaristía cenando con tus apóstoles. El día que experimentaste en tus propias carnes la amargura de la traición.

Yo, confundido bajo mi hábito nazareno, con centenares de hermanos. Mis ojos, la única parte que queda a la vista, se posaron en tu mirada. En esta ocasión fui yo quien te miró a los ojos. Y te respondí. Te lo dije alto y claro. Con un grito mudo; silenciado por el terciopelo del capirote: ¡sí, yo sí creo en Ti!

Creo en Dios, Padre Todopoderoso. Padre nuestro, quien nos hizo, por propia voluntad, hijos suyos. Un Dios que es padre; un Dios que nos quiere. En virtud de Él podemos llamarnos hermanos.

Creador del cielo y de la tierra. Creador de todo lo visible y lo invisible. Dios creador: quiero ser, Señor, amado; como el barro en manos del alfarero. Si es necesario, toma mi vida, hazla de nuevo.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor. Señor del Santo Suplicio. Ejemplo de dignidad. Rostro de la Misericordia divina.
Señor de los Milagros. Redentor de los hombres. Por nosotros, tus hijos, extendiste los brazos en la cruz. Por ti se obraron los milagros.

Señor concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, señor y dador de vida. Dios uno y trino. Trinidad Santa, un solo Dios.

Señor que nació de Santa María Virgen. Madre y maestra. "Haced lo que Él os diga" *(Cfr. Jn 2, 5)*. Rosa mística. Madre llena de amargura, de dolores, de soledad. Pero también llena de esperanza, de paz y de caridad.

Padeciste, Señor, bajo el poder de Poncio Pilato. Bajo el poder de los hombres. Hombres que te dieron, hombres que te dan, la espalda. Hombres que a diario se lavan las manos. Hombres que rehúyen del peso de tu cruz. Hombres que encienden una lámpara para ponerla debajo del celemín. Padeciste la infamia, la indiferencia, el odio. Pero, también, te entregaste por ellos.

Te entregaste a la muerte. A una muerte de cruz. Y fuiste crucificado, muerto y sepultado.

Pero resucitaste. Al tercer día, resucitaste de entre los muertos "¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?" *(Cfr. Lc 24, 5)* Todo tu pueblo celebra que tu cruz, la de tu muerte, deja paso a tu luz, la de tu resurrección. La muerte no te venció. "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? *(Cfr. 1 Cor 15, 55)*. "Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá (…)" *(Cfr. Jn 11, 25)*

Subiste a los cielos, y sentándote a la derecha de Dios, nuestro Padre todopoderoso, comenzaste a reinar.

Yo creo, Señor. Creo en la santa Iglesia católica, que nos une, nos arropa y nos guía.

Creo en la comunión de los santos: San José, el esposo de la Virgen; San Agustín; su madre, Santa Mónica; San Francisco; creo en el perdón de los pecados, las faltas, los errores.

Sí, yo sí creo en Ti, Señor.

Y no sólo yo. Riadas de creyentes, coloridos creyentes, morados, rojos, avanzan compartiendo contigo el peso tu cruz. Será Jueves Santo. Zamarrilla, saldrá a la calle.

La rosa, el puñal, el bandolero o Paco Palma correrán como la pólvora en las apiñadas aceras de una calle Mármoles que luce de gala para tan insigne ocasión. Fiel a su cita anual.

Pero Tú sabes ver más allá. Avanzas, sereno, seguido de tu madre que aguanta, en un amargo suspiro, el dolor de verte clavado en la cruz. Pero te sientes aliviado. Tus hijos, como aquel Simón de Cirene se asocian a tu calvario. Centenares de manos, ajadas por el paso del tiempo, jóvenes, femeninamente estilizadas, infantiles, rudas,… se ofrecen para compartir contigo el peso del madero.
Escuchas sus respuestas. Altas, claras, rotundas. Sí, Señor, creo en Ti. Sí, Señor, Zamarrilla cree en Ti. Y descansas tu cabeza sobre tu pecho. Dolorido. Herido de muerte te dejas llevas por la fe de tus hijos.

¡Zamarrilla está en la calle! La Zamarrilla, creyente, avanza asociando a toda Málaga a su oración peregrina. Oración que, como una densa nube de incienso, se eleva buscando un cielo que ya se prepara para recibirte.

Zamarrilla, visión de un cofrade

En medio de un polvoriento camino, angustiado, ansioso, por qué no, asustado, avanza, a toda prisa un hombre. Una figura misteriosa. Emboscada en su manteo, pero, principalmente, envuelto en sus miedos, en sus zozobras, en sus inseguridades.

Parece que huye, que es perseguido. Su rostro, demudado, da muestra del estrés que lo agita. Sí, definitivamente, alguien lo persigue.
Al fondo, desdibujadas, borrosas, aparecen dos siluetas. Verdosas. Cabezas cubiertas por lo que parece ser una suerte de montera.

Él se gira, constantemente, nervioso. Pero no ve nada. No se percata de la presencia de lo que parecen ser sus perseguidores. Solo escucha el ruido de sus pasos, contundentes, que golpean, una y otra vez con fuerza, las piedras del camino. Levanta polvo. ¿Tratará con ello de enturbiar la visión de quienes caminan tras él?

Las figuras parece que cobran algo de entidad. Son más nítidas. Habrán logrado recortar algo de distancia. Pero el fugitivo sigue sin reparar en ellas.

Sólo escucha. Sus pasos rotundos. Pero también toda una corte de angustias, pesares, crímenes, miserias, culpas, faltas,… a estas sí las ve. Ve que le pisan los talones. Es consciente de que no será capaz de darles el esquinazo pretendido. Conoce cuál será el resultado de esta persecución.

Apenas distingue las casas, huertas, bifurcaciones del camino,… que va dejando atrás. No ve nada por sus lados. Sólo es capaz de mirar atrás. De tratar de huir. Quiere, y duda que pueda, zafarse de sus perseguidores.

Pero, en ese momento recala en lo que tiene frente a él. Cree estar viendo una visión. No es posible que haya estado todo el tiempo ahí. Parece haberse generado por obra de alguna clase de brujería. Vuelve la vista atrás. Todo sigue igual. Crece en su interior la angustia.

Un último intento. Una espadaña levantada sobre un minúsculo camarín, en mitad de la nada, son sus únicas opciones. No cree que esto baste para despistar a sus feroces perseguidores, que ya lo rozan con las yemas de sus dedos. Pero qué puede hacer. No cabe otra opción. Se sabe presa de ellos: se acabó todo; todo está cumplido; consummatum est.

(Consummatum est 3:34-4:47)

Su mirada, como todo él fugitivo, escruta a una velocidad de vértigo el espacio plagado de hornacinas vacías. Mira al suelo. Un tropiezo, en este momento, sería fatal.

Y es entonces, cuando sus ojos, envueltos en temor, la encuentran. Es una reina. Luce manto y corona. De esas reinas contra las que él mismo lucha. Está levemente agachada, al pie del camarín en el que parece descansar. Le tiende sus dos manos, como queriendo ayudarlo a subir.

En ese momento, súbitamente, sus perseguidores desaparecen; como borrados de la faz de la tierra. Cae de rodillas, con los brazos abiertos, suplicantes de perdón. Una voz, que jamás supo explicarse de dónde provenía, dijo: "Mujer, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre" *(Cfr. Jn 19, 26-27)*

- "Cristóbal".

Me sobresalté. Una voz, conocida, familiar, me había sacado de mi ensoñaciones.

Tenía la mirada fija en la pintura que forma la gloria del palio de nuestra Madre. Seguí bajando con mi mirada. Buscaba algo conocido. Sin embargo, había algo raro en todo aquello.

En su pecho, prendida con un puñal, una rosa. Era roja. Estaba confuso. Antes la recordaba blanca.

Algo en mi cabeza golpeaba con insistencia.

Esta vez, fue una mano sobre mi hombro la que distrajo mi atención. Alguien me decía algo acerca de que era el momento de salir de allí.

Pero antes de marcharme, sentí la necesidad de girarme sobre mí mismo. La volví a ver. Primorosamente colocada y ataviada por las manos de sus hijos e hijas.

Y lo entendí.

Entendí que aquello podía ser historia o romance, pero que en los altares la rosa quedó. Que aquello era un milagro triunfante; milagro triunfante de la dolorosa que luce una flor.

Entendí que hablar de Zamarrilla, es hablar del más alto nivel cofrade.

Es hablar de una vieja leyenda, asociada a una abrumadora juventud; es hablar de una ferviente, y honda, religiosidad. De arraigadas creencias.

Entendí que ser de "la Zamarrilla" es quedar acreditado, *ipso facto*, como integrante de la primera división cofrade.

Y quedé lleno de orgullo. De un orgullo que trasciende los poros de la piel y que se irradia a aquellos con quienes compartes el espacio.

Y lo entendí. Entendí que yo era más que cofrade, más que un joven cofrade: que yo era zamarrillero.

Un espacio, claramente, desbordado. De personas, sí. Pero también de ilusión, de devoción, de fervor.

¿Dónde me sitúo? ¿Estoy donde corresponde? Me pongo ya el capirote. ¿Quizás sea demasiado pronto? Delante de mí ya se lo están colocando. Voy a ello. No quiero que se me haga tarde, ¿qué haría si la fila comenzase a avanzar y yo aún lo sostuviera en mis manos?

Allá voy: coloco el antifaz –como referencia, la marca de sudor en el cartón que quedó el año anterior-; señalo los ojos; busco las cintas… y, ¡arriba! Como siempre, todo falló: las cintas quedaron no sé dónde; los ojos, uno sí, localizado sobre mi nariz, el otro, ese debe de estar a la altura de mi oreja.

Corre, recomponte. Que ya una voz, gritona, a lo lejos trata de hacer silencio. Quiere rezar. Se hace imposible. En los escasos metros que me separan de la puerta, se encapsula un revuelo digno de una gran feria.
"Señores, por favor, que estamos en una iglesia" Eso sí que es un ruego –lanzado por una voz ahogada en un mar de terciopelo-.

Ya se rezó.

El corazón late de tal manera que pareciera querer salirse por la boca y alojarse en ese zurrón improvisado que constituye la túnica cuando la ciñe un cíngulo a la cintura.

Pero, ¿por qué no salimos? Ya debe ser la hora. Pregunto al de al lado: falta la llave. ¡Ay, la llave! Después de decenas de años repitiendo este gesto y, como poco, uno desde la última vez que se hizo no hay forma, humana o divina, de que alguien esté provisto con la llave que abre la puerta de la Ermita: ya saben, Zamarrilla, patrona del gremio de cerrajeros.

Ahora sí. La puerta comienza a abrirse. Primero, las dos hojas centrales. Una luz tan cegadora como esperanzadora se cuela hasta la primera reja del templo. Es, con mayúsculas, el momento.

El ruido, ensordecedor, de todo un pueblo agolpado a las puertas de la que fuese una lejana Ermita extramuros, comienza a colarse en el interior de esta, cada vez más vacía.

Esto me devuelve a la realidad. Con las puertas cerradas, no parecía que hubiese apenas nadie fuera.

Último vistazo. Todo en su sitio. ¿Para qué lado iba colocado el cíngulo? Sólo hay dos opciones. Un cincuenta por ciento de posibilidades de acertar/errar.

Me toca. Ya avanzan los de delante. Paso decidido.

Una última mirada atrás. En el Altar Mayor, nuestro Padre, Señor del Suplicio, nos despide. Tu momento está por llegar. Más pronto que tarde. Tu gesto sereno; sereno ante el maltrato y el expolio, nos lo confirma. Tus tiempos, son otros tiempos. Tu Reino, no es de este mundo. Tus hijos te llevan, con orgullo, incluso en tu ausencia.

"Cuidado, escalón" Ya lo sé. Llevan ahí toda la vida. Esto me transporta, nuevamente, al momento presente. Uno. Dos. Pequeña bajada. Y mis pies pisan la calle.

Policías, fotógrafos, portadores haciendo un "cordón", público expectante y apretante,… nuestras miradas se cruzan. En la cruz, estático, el Hijo.
A su lado, retirada pero cercana, como sin querer molestar, la Madre. Una promesa: nos vemos a la vuelta.

Y, embutido en la maraña confusa de pueblo, cofradía y devoción, consigo alcanzar la calzada.

El que lo haya vivido, sabe lo que se siente. Sensación que te pellizca y retuerce por dentro, incluso, con el simple gesto de plasmarla en un papel.

Eso es Zamarrilla en la calle.

Y, hoy, emocionado, les anuncio que, dentro de dos jueves, nuestra ciudad, volverá a experimentarlo.

Jesús, suspendido en la cruz, da la espalda a un sol que ilumina un cielo que parece rasgado por la mitad.

Su boca, apenas entreabierta, deja escapar un grito poderoso, confiado: "Padre, en tus manos pongo mi espíritu" *(Cfr. Lc 23, 44-46)*

Ahora sí. Es la hora. Cadencioso, a hombros de sus hijos que murmullan una oración, directamente salida del corazón, ha librado la primera de las esquinas en el camino a su calvario. Quiere ponerse de cara al pueblo. Quiere, con sus brazos clavados, abrazar a una ciudad sobrecogida. Estrecharla contra su pecho herido. Es la hora.

Centenares de puntiagudos conos aterciopelados llevan un rato avisándolo. Pero ahí está Él. Ya ha llegado el momento. El momento que la Málaga nazarena, la Málaga creyente, que toda la ciudad, lleva un año esperando.

Y él, entregado, fiel a su pueblo, sale a su encuentro.

Pero jamás, el Hijo, en su camino al calvario en esa noche de Jueves Santo; o en su vida diaria, está solo.

Junto a Él, a sus pies, recogida, ahogada por el dolor y la angustia, pero entera, atenta y dispuesta a ocuparse de las necesidades de su hijo amado, está su madre. Nuestra Madre. Madre de la Amargura.

Cuando el paso de su regia figura, a punto de dirigirse a la casa del Padre, deja suspendido en el aire el aroma de la muerte, prestos a no dejarlo solo en este instante decisivo –igual que su madre- sus hijos, formando la más evocadora de las imágenes cofrades, salen tras de Él.

Mientras esto sucede, de manera pausada y ordenada en la puerta principal de la Ermita, por el lateral un personaje osco, rudo, mal encarado, se abre paso entre el gentío congregado, expectante por ver a la que es, sin duda, reina del Jueves Santo.

La gente lo mira.

Primero, por la forma descarada y brusca con que los aparta, haciendo uso de sus grandes y agrietadas manos.

Pero, después, lo que llama la atención es su vestimenta. No parece de este siglo. Es una mezcla extraña entre un cochero y un vaquerizo. Combate el frío envuelto en una manta –esta sí parece que está algo más de moda- y su

pelo, del que nacen unas prominentes patillas, de boca de hacha, está cubierto por un pañuelo atado en la parte trasera de la cabeza.

Él sigue avanzando. Tiene un objetivo claro y parece darle igual que todas las miradas se claven en su fornida, y algo cargada, espalda. Quiere ponerse en primera fila, como hace cada año. Y quiere hacerlo antes de que el trono de la Virgen de la Amargura abandone la antesala de la puerta principal de la Ermita.

Lo consigue. Confiaba en sus artes. Y estas, eran implacables.

Pasando ante él los metros de hombres, perfectamente uniformados, túnica y faraona color rojo-burdeos, andando a un mismo paso, bajo las órdenes de quienes gobiernan esta nave de devoción; el curioso personaje hinca en el suelo su rodilla derecha, manteniendo flexionada la contraria, y, tras sacudir su manta sobre su hombro izquierdo, saca del interior de su chaquetilla una rosa, una rosa blanca.

La besa y la lanza, con fuerza sobre el interminable manto que cae desde los hombros de la virgen.

- "Madre, aquí tienes a tu hijo"; pronuncia en voz baja, casi para sí.

Míralo. Milagro de Cobertizo del Conde. Piensa un señor, erguido, su cabeza sobresale por encima de la de los que le rodean. Elegantemente vestido, luce un lazo que cierra el cuello de su camisa blanca. Lleva bigote, que a juego con sus cejas, parece algo más oscuro que su pelo, bien entrado su nacimiento en las sienes, blanco como la nieve pura. Gafas de pasta, oscuras. Cristales de vidrio gruesos.

Un chiquillo, que corretea inquieto entre sus piernas, le pise un pie.

- "Pídele perdón al señor", le espeta la madre.

- "Perdone, señor", deja caer, desganado el niño. ¿Cómo se llama? Pregunta, de manera repentina, ante la cálida figura de aquel anciano.

- "Francisco. Mi nombre es Francisco".

Cuando alcanza a levantar, nuevamente, la cabeza, sobre las demás que los embuten, nada queda ante él de aquel crucificado, clavado en lo más alto de un primoroso monte.

Sólo alcanza a ver las cabezas de varal traseras, empujadas por la mano del capataz.

Todo se desvanece. Como si de un sueño, del que acababa de despertar, se tratase.

Y en ese momento, sin poder evitarlo, sus labios rebosan palabras contenidas durante años en su corazón; guardadas para Cristo, su Cristo de los Milagros.

(Cristo de los Milagros 3:07-4:52)

Cristo de los Milagros, Padre nuestro, que estás en el cielo.

Cristo de los Milagros, santificado sea tu nombre.

Cristo de los Milagros, venga a nosotros tu reino.

Cristo de los Milagros, hágase tu voluntad, así en el cielo como en la tierra.

Cristo de los Milagros, danos hoy nuestro pan de cada día.

Cristo de los Milagros, perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

Cristo de los Milagros: no nos dejes caer en la tentación.

Cristo de los Milagros: líbranos del mal.

Poco más puede decir. En su corazón, ya resentido por el paso de toda una vida, sólo cabe un último ruego: poder, el año que viene, de nuevo, estar aquí.

Que así sea.

Muchas gracias

En la Parroquia de Santa María de la Amargura de Málaga, a 10 de marzo de 2018.

Cristóbal Luis Moya-Angeler Caro.